

P. MANUEL AGUIRRE ELORRIAGA, S.J.
(1904, Maruri, Vizcaya; 1969, Caracas)

A los 22 años de su edad y once de jesuítas, en el verano de 1926, sus Superiores le destinan a hacer sus primeros años de magisterio en Venezuela. No era aún sacerdote. Acababa de terminar su doctorado en Filosofía. En un corredor de la Universidad de Deusto, en Bilbao, nos encontramos impensadamente. Con sus ojillos vivaraces de entonces me miró, y al saludarnos y notar mi acento no español, me disparó lleno de juvenil emoción: "Voy para Venezuela, de profesor al Colegio San Ignacio." Y enseguida, en el mismo tono comunicativo, la faz toda alegría, me añadió: "Hábleme de Caracas." Fui el primer venezolano que él conoció. Y desde aquel momento, por más de treinta y cinco años, se apegó a Venezuela, a nuestra gente, a nuestra tierra, a nuestros problemas, con cariño y dedicación definitivos. Aquí echó hondas raíces de afecto, especialmente entre obreros y pueblo menudo, así como entre la juventud estudiantil. Fue el primer jesuítas que tomó carta de nacionalidad. Y se hizo venezolano de verdad-verdad. Su carácter manso, siempre jovial, de hablar pausado, a media voz y con natural sonrisa de hombre abierto, pero a la vez casi como tímido, pronto le ganaba amigos fieles y duraderos. Por eso tuvo tantos.

Cuando en 1930 prosigue en Europa sus estudios para el sacerdocio, le señalaron su futura ocupación al retornar a Caracas: sería profesor de Historia Eclesiástica en el Seminario Interdiocesano. Aquello lo entusiasmó. Hecho sacerdote, cursa la carrera de Historia Eclesiástica en la Universidad Gregoriana de Roma. Allí lo dirige en sus estudios aquel eximio e inolvidable americanista Padre Pedro de Leturia, decano de la Facultad y especialista del tema: Bolívar y la Santa Sede en las relaciones diplomáticas. Al Padre Manuel le asignan para su tesis doctoral el interesante tema: El Abate de Pradt en la emancipación hispanoamericana. (Pradt fue gran admirador de Bolívar y su corresponsal.) Cuando el año 1941 la tesis, de casi cuatrocientas páginas, apareció impresa, le mereció a su autor el nombramiento, aquí en Caracas, de Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia. Con su doctorado en Historia regresa a Caracas —para siempre— en 1937. Se consagra a la enseñanza de nuestros futuros sacerdotes. En los templos de la ciudad se oye con agrado su clara y vibrante predicación. El contacto con el medio le hace buscar una mayor proyección apostólica. Y en 1938, con sus hermanos de Orden y el entusiasmo de los seminaristas, funda y dirige la revista SIC, hoy ya en su año XXXII de ininterrumpida publicación.

Todo parecía que iba bien para el profesor y escritor de Historia. El año 1940 escribe, de ocasión, un resumen en 250 páginas de la Historia de la Compañía de Jesús en Venezuela. Pero... Dios tiene sus caminos. Algunos años más tarde, se advierte la necesidad de sembrar aquí la doctrina social de la Iglesia; llevarla al estudiante y al obrero; organizar a éstos en asociaciones definitivamente cristianas; y formar dirigentes que amplíen el radio de acción. Acertaron bien los Superiores cuando se fijaron en el P. Manuel para dedicarlo a aquellas tareas. Se le imponía, es cierto, un sacrificio total del rumbo de su vida. Con una brillante carrera de Historia, encariñado con sus clases y con un horizonte amplio para la investigación y para moverse en pleno ambiente de alta cultura, de pronto tiene que cortar con todo aquello y empezar a prepararse para su nueva actividad, y poco después iniciarse en ella. Supimos cuánto le costó aquel cambio. Pero, como bueno, obedeció fielmente. No volvió siquiera la vista atrás. Hasta tuvo, de momento, que dejar la dirección de SIC por casi cinco años.

Pero cuanto con mayor renunciamento a lo pasado, y con más serias dificultades —de todo orden— hubo de enfrentarse con generosa valentía en la múltiple obra presente, tanto más Dios le bendijo e hizo fructificar su siembra. Ciertamente, si a alguien es deudora Venezuela de su despertar a una conciencia social cristiana, no limitada a mera teoría, sino reducida a práctica y a organización, es al P. Manuel.

Y de nuevo, durante los últimos quince años, añade a sus trabajos volver al timón de SIC. No obstante el deterioro que padecía su salud desde hacía algún tiempo, siempre lo encontramos en su puesto, dándonos ejemplo. Y siempre con aquella misma innata sonrisa y bondad con que a todos recibía. Cumplió como bueno hasta el último momento. Cuando se presentó ante las moradas celestiales a recibir su salario de paz, lo debieron sorprender con algo arrollado entre las manos; y al preguntarle qué era aquello, hubo de confesar sin sonrojo: "El último editorial de SIC; no podía irme sin escribirlo." Y así había sido. Cumplió como fiel hasta el fin. "Entra, siervo bueno y fiel, al gozo de tu Señor."

P. P. B.

IN MEMORIAM